

Lineamientos para una evaluación epistemológica de la perspectiva causal de Hume a través del enfoque ontológico de Bunge

Guidelines for an epistemological evaluation of Hume's causal perspective through Bunge's ontological approach

Hum runapa ima qawariyninwanraykumanta ima riqsiypa yachayninpa tupuyninmanta ruwaykuna Bunge runapa apayninwan ima runakunapa yachaynin kaqninwan

Joseph Mejía Guevara

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú

jmejiaguevara@gmail.com

ORCID: 0000-0001-8180-0488

Resumen

El presente trabajo tiene el propósito de establecer algunos lineamientos para una evaluación epistemológica de la perspectiva causal de Hume; sin embargo, ello no se hace al azar, sino a través del enfoque ontológico que Bunge ha desarrollado en relación con la causalidad. Pues bien, el hecho de que, con Bunge, la causalidad sea una categoría de conexión y determinación que corresponde a un rasgo real del mundo fáctico no implica que la posición del empirista escocés quede desestimada, dado que la indicada posición ontológica, aun siendo legítima y plausible, no termina por derribar la perspectiva gnoseológica de Hume. Arribamos a esta conclusión en el entendido de que, mientras no haya necesidad lógica o conexión inexcusable en la formulación causal-condicional construida por Bunge, la causalidad seguirá siendo una categoría de relación de ideas, en tanto no encuentra justificación lógica-demostrativa necesaria que relacione de manera inapelable las vinculaciones entre la causa y el efecto.

Palabras clave: causalidad, inferencia, ontología, epistemología, percepción

Abstract

The purpose of this work is to establish some guidelines for an epistemological evaluation of Hume's causal perspective; however, this is not done randomly,

but through the ontological approach that Bunge has developed in relation to causality. Well, the fact that, with Bunge, causality is a category of connection and determination that corresponds to a real feature of the factual world does not imply that the position of the Scottish empiricist is rejected, given that the indicated ontological position, although legitimate and plausible, does not end up overthrowing Hume's epistemological perspective. We reach this conclusion with the understanding that, as long as there is no logical necessity or inexcusable connection in the causal-conditional formulation constructed by Bunge, causality will continue to be a category of relationship of ideas, as long as it does not find a necessary logical-demonstrative justification that relates in an unappealable manner the links between cause and effect.

Keywords: causality, inference, ontology, epistemology, perception

Qillqapa pisiyachiynin

Kay taripaypa chayayninqa, Hum runapa qawariyninwanrayku yachaypa yachayninwan tupunapaqmi ruwakunqa ima qillqa tupukunata; manachayqa, manam qunqayllamantachu ruwakun, ichaqa ima runa yachay apayninwanmi ima *Bunge* runapa rimasqanraykuman ima tupachisqanpi ruwasqanraykum qukun. Allintataqya, kasqanmantaq ima, *Bunge* runawan, chakachiqa ima k'uskiynin qallarichiqninqa chaninsapa kaynin kaqniyuqmi ima kutichin huk chiqap kaq kaqninman, manataqmi, chaychu ima chiqap kaqwan tupan, ichaqa manam ninchu Escocia runapa runapa ruwapayayninwan churakusqanman kaq, chay kaqman churakusqa qawachikunmi, chiqapyachaikuyniyuq chiqap qukuqhina, manan tukuchinchu Hum runapa ima kaqmanta qawasqanmantata. Kay tukupakuyninmanqa chayanchik ima hap'iqasqaman, *Bunge* runapa ruwasqan sutichasqan qallarichisqan - tukuyinraq kaqniyuq mana munay hamutay chakatakuptin nitaq mana imamanpas hawaman llusqichisqa kaptinqa, qallarikuyninqa, hinallam kanqa huk yuyaymanapa tinkiriynin, mana tarikuptinqa *chiqap kaqtapunim qawachin* "lógica-demonstrativa", chaymi mana rimaqniyuq qallarichiqninman tukupachinman "causa - efecto tupachiykunata.

Qhapaq siminkuna: Qallarichiq, ukhuman apaykuynin, kaq, yachay qallari-chiy, tukuy niraq kaq hapipaynin

Fecha de envío: 4/7/2024

Fecha de aceptación: 9/10/2024

1. Planteamiento del problema

La causalidad es quizá el instrumento conceptual más importante de la física clásica. Su uso ordinario en dicho campo no es para nada desconocido, y, si se quiere, sus aplicaciones han sido ejemplares en terrenos tan transitados como el de mecánica de Newton. En general, puede decirse que, si bien su uso ha tenido resultados operativamente destacables —en la dinámica de partículas, por ejemplo—, también es cierto que dicha categoría no ha dejado de presentar algunos inconvenientes conceptuales, así como recibido puntuales cuestionamientos acerca de su naturaleza u origen (empírico o genético).

En ese sentido, la causalidad, a pesar de sus contratiempos, no ha dejado de ser un tema de importancia conceptual y lógica desde la perspectiva de la epistemología; aunque es verdad que tales incidencias no habrían tenido apropiada repercusión en el ámbito propiamente científico, pues este campo no pocas veces parece indiferente a este tipo de enfoques o cuestionamientos.

De este modo, el propio Bunge ha identificado —ya para 1959—, cuando apareció el libro sobre *La causalidad*, que precisamente esta palabra había caído en desuso en los medios científicos y filosóficos, al punto que en los primeros se sostenía que la física cuántica había sustituido la causalidad por el azar; y en los segundos se aseguraba que el concepto era “metafísico”, puesto que el nexo entre causa y efecto era inobservable (Bunge, 1997, p. 7); sin embargo, a pesar de las injustificadas condenas en su contra, este mecanismo —ya lo hemos dicho— ha sido utilizado con resultados importantes, en el caso de la física clásica, por ejemplo; y, al mismo tiempo, ha sido relativamente eficaz en terrenos en donde la causalidad no experimentaría una operatividad evidente (en el campo biológico¹, si se quiere, solo por mencionar una ciencia natural aparentemente resistente al principio).

Debe reconocerse, además, que los logros de la causalidad muchas veces no se deben a la necesidad de determinación de su naturaleza o de su mejor perspectiva de observación o análisis, sea esta gnoseológica, lógica u ontológica, sino al he-

cho de que la premisa *realista*² parece gobernar, hasta cierto punto, su destino, y, asimismo, a la poco discutible constatación de que su uso —moderado o indiscriminado— ha dado lugar a resultados prácticos al amparo del aludido presupuesto. En ese orden, la causalidad si bien, al parecer, habría discurrido en algunas áreas de la ciencia como una maquinaria incuestionable y fácticamente útil, al punto que prescindir de perspectivas o búsqueda de naturalezas respecto a dicha categoría sería lo más aconsejable, puede admitirse, sin embargo, que la *creencia* en ella, sea fundada en razones lógicas o en la experiencia, no ha dejado de ser un asunto controvertido.

Como puede verse, el problema epistemológico de la causalidad subsiste; por lo que, en ese sentido, y dado que aún no es posible dilucidar, al menos no concluyentemente, si esta categoría responde a una formulación exclusivamente gnoseológica, lógica u ontológica, o si, contrariamente, se está frente a una *especie* que puede analizarse desde distintos puntos de referencia conceptual o filosófico, resulta necesario realizar una comparación de perspectivas.

En esa dirección, las filosofías que obran en el ámbito de la operatividad causal (empirismo y realismo, solo para nombrar dos de ellas), y que han marcado ciertas orientaciones en su concepción, podrían darnos una mejor comprensión de dicha categoría, y asimismo nos permitirían dar cuenta de las razones que han propiciado los cambios (o la conservación), de enfoque que esta idea ha sufrido, y si estas variaciones se dieron o no con ocasión de la perspectiva subyacente que la ha analizado, sea esta gnoseológica, lógica u ontológica; o, por último, establecer que, al igual que el tiempo y el espacio, la causalidad es también una categoría del entendimiento, o, en otro plano del conocimiento humano, un *artefacto* necesario para sobrevivir.

En todo caso, hemos considerado conveniente examinar, en primer lugar, la causalidad a la luz de la perspectiva de Hume, pero, al mismo tiempo, cuando esta es impugnada desde el específico frente de la concepción ontológica de la causación³, formulada y defendida por Bunge; y, luego, cuando aquel enfoque es en cierto modo corroborado desde un particular ámbito de la filosofía de la percepción.

2. La perspectiva causal de Hume vista a través del enfoque ontológico de Bunge

Antes de pasar al análisis de la concepción ontológica de la causación de Bunge y a examinar la causalidad gnoseológica desde el ámbito de la filosofía de la percepción, hay que exponer algunos lineamientos sobre la perspectiva causal de Hume.

Hume sostiene que la causalidad es una categoría de relación de ideas que no se justifica *a priori*, como sí sucede con las proposiciones matemáticas; sin embargo, conviene precaver que, desde la indicada perspectiva, dicha categoría tampoco se origina ni se justifica en la *experiencia*, sino que, más bien, se aprovecha de esta para observar y enunciar, por ejemplo, que ciertos eventos del mundo real se hallan unidos entre sí de forma constante.

En esa línea, el empirista escocés ofrece una formulación causal en términos de una estructura inferencial que, si bien no es lo suficientemente restrictiva como para establecer la dirección unívoca en la que se producirán las conclusiones provenientes de las premisas derivadas del hábito, pues algunas veces se infiere las causas de los efectos; y otras, los efectos de las causas, es el caso que dicha estructura es lo bastante eficaz para representar dichas asociaciones de ideas

Pues bien, el hecho de que la inferencia causal no sea del todo restrictiva —como se podría esperar de cualquier inferencia— no significa que Hume haya fallado en su tentativa de delimitar el campo de acción de dicha categoría, así como tampoco parece errar en cuanto se refiere al hecho de haber establecido cuando menos ciertas fronteras inferenciales a las proposiciones fácticas universales, al constreñirlas al ámbito gnoseológico.

Ahora, en relación con el primer aspecto —vinculado a la concepción ontológica de Bunge—, hay que decir que este consiste en sostener —contra Hume— que la causalidad no es una categoría de *relación* entre *ideas*, sino una *categoría de conexión y determinación* que corresponde a un rasgo real del mundo fáctico (Bunge, 1997, p. 21), de modo que tiene índole ontológica; y, en ese sentido, excluye su condición lógica y gnoseológica.

En relación con este aspecto importa destacar que la perspectiva ontológica de la causalidad no excluye a la perspectiva lógica y gnoseológica (aunque es verdad que Bunge se muestra muchas veces antignoseológico), pues es posible que los tres enfoques coexistan como miradas ubicadas en puntos diferentes, pero dirigidas a un mismo objeto; y ello en tanto el ámbito en el que se desenvuelve cada uno de estos corresponden a instancias distintas.

De este modo, es posible advertir que la mirada ontológica le da importancia a la operatividad causal, al otorgar una dimensión productiva a la causa en el plano real; el enfoque lógico, por su parte, está fundamentalmente dirigido al análisis de la validez del paso de las premisas particulares a una conclusión de carácter universal, esto es, la cualidad demostrativa de la estructura inductiva, y, finalmente, el enfoque gnoseológico, partiendo o no de los resultados del enfoque lógico, nos permite en-

tender que la causalidad es solo una creación conceptual generada por la costumbre y cuyas fronteras están en el ámbito de las ideas.

No obstante, quien plantea el problema, al menos en su formulación inicial, como si la causalidad se resolviera en un plano y no en el otro, es el propio Bunge. A pesar de ello, hasta donde se ha visto, dicho planteamiento tiene enunciaciones que avalan la polarización entre la posición gnoseológica y la ontología de la causalidad, y otras, con menor grado de oposición, se manifiestan al punto de flexibilizar la postura hipotética inicial de Bunge consistente en la indicada polarización (hipótesis de oposición).

3. Discusión y argumentación: aspecto perceptual y aspecto lógico del examen epistemológico de la perspectiva causal

3.1. Aspecto perceptual

Antes de analizar la perspectiva causal de Hume a través del enfoque ontológico de Bunge, resulta necesario revisar algunas perspectivas sobre la teoría de la percepción dentro de las que se encuentra la de Susanna Siegel, quien sostiene que la causalidad está representada en la experiencia visual; así como la perspectiva de Albert Michotte, según la cual los adultos que observan un evento dinámico lo perciben como una secuencia única en la que los elementos están unidos por relaciones de causa y efecto, pero sin la intervención de procesos cognitivos superiores.

Pues bien, Susanna Siegel explica que su tesis es distinta a la teoría que postula la posibilidad de la percepción visual de las relaciones causales; en ese sentido, consideramos pertinente decir que, en nuestra opinión, existe una diferencia entre la tesis de la percepción visual de las relaciones causales y la tesis que enuncia que las experiencias visuales representan relaciones causales.

En efecto, en la primera tesis la percepción y las relaciones causales se instancian en esferas distintas y parece inscribirse en la perspectiva dual mente-cuerpo. En la segunda teoría no es necesario que las relaciones causales se instancien en la realidad; bastaría con que la entidad representada exista en algún punto psicofísico del entorno para permitir su correlación con el espacio propiamente mental.

Pues bien, la tesis de Siegel es, en ese sentido, aquella que explica que las experiencias visuales representan relaciones causales. Para tal efecto, indica que la causalidad es representada en la indicada experiencia sin que sea necesaria la demostración de la existencia de tales relaciones causales fuera del contexto experiencial.

No obstante, Siegel explica con un ejemplo una reserva a su tesis causal: cuando se dice que la experiencia visual del cuadrado rojo es inexacta si el cuadrado no es rojo se exige que dicho enunciado tenga ciertas condiciones de exactitud fundadas en la experiencia; en ese sentido, las experiencias visuales que reúnen las condiciones de exactitud serían las verídicas y aquellas que no las reúnen podrán considerarse ilusorias.

Por ello, y dado que es posible evaluar la exactitud de las experiencias visuales, puede establecerse en consecuencia un examen de precisión de los colores, formas, e incluso de la causalidad. La causalidad, por consiguiente, está incluida dentro de las condiciones de verdad que se requieren para obtener una experiencia verídica.

En esa dirección, Siegel también señala que la crítica a la teoría causal, valiéndose de la exigencia de las aludidas condiciones de verdad, estipula que el rasgo distintivo de la referida causalidad (Rasgo X) —siendo dos valores posibles para X: las relaciones de dependencia contrafáctica⁴ y la licitud⁵— está estrechamente ligado a la causalidad misma; por lo que, dice la crítica, no puede ser representado en la experiencia visual, y de este modo concluye que las relaciones causales tampoco pueden serlo.

Sin embargo, Siegel afirma contra dicho cuestionamiento que, del hecho de que X sea un rasgo distintivo de las relaciones causales, no se sigue que una experiencia que represente una relación causal tenga que representar X; por lo que la representación la experiencia visual de las relaciones causales se mantiene conservada.

Por su parte, el experimento de Michotte sobre la experiencia visual de la causalidad se basó en el análisis de las condiciones particulares que determinan que un acontecimiento externo se perciba como causa de otro suceso también externo. De este modo, tomando como referencia el movimiento de las bolas de billar —un ejemplo que es también aludido por Hume—, se estableció que para percibir dicha conexión causal es necesario que se configuren ciertas condiciones o parámetros como la presencia de dos objetos que llamaremos A y B, que se produzca un impacto entre ellos en diversas formas que Michotte llamará modos, así como la ausencia de discontinuidades entre las transmisiones de movimiento, etc.

En dicho marco experimental, Michotte concluye que los adultos que observan un evento dinámico (colisión de las bolas de billar en algunos modos posibles, como el lanzamiento⁶ o el arrastre⁷) lo perciben como una secuencia única en la que los elementos estructurales están unidos por relaciones de causa y efecto, pero sin la intervención de procesos cognitivos superiores, experiencias previas o interpretación consciente.

En tal experimento, Michotte, como ya se dijo, intenta aislar parámetros exactos de movimiento que suscitaron tales descripciones causales (Siegel, 2009, p. 522); sin embargo, el referido experimento recibió cierta objeción que ha devenido en constante. En efecto, se ha señalado que:

El resultado de su investigación es demostrar de forma concluyente que la impresión causal, una creación puramente subjetiva, es una *ilusión de causalidad* a la que estamos sometidos cuando nos enfrentamos a ciertas combinaciones de movimientos. Esta impresión no es más que un engaño, y nos da una imagen errónea del mundo físico, ya que la *producción* del movimiento, o el *pasó* del movimiento de un cuerpo a otro, no puede ser registrado por ningún instrumento (Michotte, 1963, p. 224).

Ello resulta coincidente con la posición de Hume, quien precisa que la causalidad no puede ser verificada.

De ello se deduce que la “objetividad” de una impresión no puede medirse por su correspondencia con tal o cual conjunto de estímulos particulares.

Sin embargo, señala Michotte que el hecho de que en el caso del impacto físico ningún instrumento pueda registrar la “producción” real del movimiento no implica en modo alguno la falta de objetividad de la impresión causal como tal (Michotte, 1963, p. 228); no obstante, consideramos que tampoco de la clara objetividad de la indicada impresión se deduce que exista una producción real en los términos de Bunge, pues dicha representación sigue siendo gnoseológica.

Pues bien, de acuerdo con Michotte, la percepción de la causalidad es literalmente la percepción de un acto de producción o, para ser más exactos, de *un acto de producción inmediateamente percibido*; no es la percepción de una simple “dependencia” (claramente definida o no), como ocurre en los casos de causalidad debilitada, como el desencadenamiento (Michotte, 1963, p. 223).

En ese sentido, dicho autor afirma que la producción causal ya tiene significación, por lo que es el caso que las expresiones que se utilizan para describir esta experiencia, lejos de investirla de un significado o de constituir una “interpretación” de esta, son simplemente una traducción a términos conceptuales de lo que, a nivel fenomenal, *ocurre realmente*. Así, es la impresión causal la que desempeña un papel importante a la hora de dar a los objetos ordinarios el significado que tienen para nosotros (Michotte, 1963, p. 223).

Además, el referido autor señala que no puede haber ninguna duda sobre el lugar general del problema que la impresión causal tiene en el conjunto de los problemas psicológicos que se ocupan del modo en que se organizan estructuralmente las percepciones (Michotte, 1963, p. 224).

Por lo que, para Michotte, una relación de causalidad, si bien es diferente a una creencia, es igual a una impresión de causalidad que se representa en el espacio perceptual, sin que por ello sea necesario establecer que dicha impresión es puramente subjetiva; sin embargo, ello no implica que la impresión causal corresponda a un rasgo del mundo real, aunque ello no pueda ser negado de manera concluyente, como hemos venido sosteniendo.

Lo señalado por Siegel y Michotte tiene algunas implicancias respecto a la experiencia visual de la causalidad, esto es, la injustificación de la causalidad física o perceptual.

En ese orden, si bien hemos pretendido establecer si es posible o no que la causalidad pueda considerarse como una representación mental a la que se le excluye la demostración de la realización en la vecindad física, cabe decir que la respuesta a dicha disyunción está vinculada a la previa validación de la perspectiva de Siegel, de acuerdo con la cual, según hemos visto, la experiencia visual representa las relaciones causales, aunque no sea posible que dicha experiencia pueda capturar el Rasgo distintivo X (dependencia contrafáctica y licitud).

Hay que decir que el hecho de que no se pueda capturar dicho Rasgo no representa mayor problema si se tiene en cuenta que, como señala Siegel, si en el caso del cubo de hielo sabemos que el agua tiene una estructura química, a pesar de que no la percibimos, análogamente la experiencia visual puede abarcar la causalidad como contenido a pesar de que no se le perciba como no se le percibe en forma inmediata la indicada estructura interna del agua.

Cabe decir que dicha analogía tiene el defecto de que al ser la estructura química una elaboración conceptual que se reconstruye en función de la experimentación en el campo de la teoría atómica —la cual, se sabe, tiene elementos testeados por dicha teoría—; luego, ello permite establecer la concebibilidad de la causalidad en el mundo físico, tal y como se realiza con la estructura química del agua; sin embargo, en el campo de la causalidad material la experimentación, si bien da cuenta de su concreta existencia, esta no se encuentra plenamente justificada por algún dispositivo de lógica deductiva que permita reconstruir con certeza dicha relación en el ámbito físico, aunque sí lo hay en el espacio de la representación mental, como se ha venido sosteniendo.

En cuanto a la crítica a la perspectiva de Siegel, habíamos dicho que esta autora afirma contra la indicada observación de que el hecho de que *X* sea un Rasgo distintivo de las relaciones causales, no se sigue que una experiencia que represente una relación causal tenga que representar *X*. Al respecto, podemos precisar además que, en efecto, no existe una relación de necesidad entre la experiencia visual de la conexión causal y la representación contrafáctica y nómica de dicha conexión, pues por definición dicha representación contrafáctica no parece pertenecer al campo visual del agente perceptor, porque esta supone una inferencia (deliberativa⁸) cuya representación depende de una construcción cognitiva que resultaría impertinente para los propósitos de la percepción inmediata.

En este punto hay que anotar que se ha dicho que, en efecto, la percepción es un proceso en el que están involucradas representaciones no todas las cuales tienen por qué ser conscientes o, como también se dice a veces, fenomenológicamente accesibles al sujeto perceptor (Sanfélix, 1995, p. 246).

Por lo demás, dicha representación causal, que, para nuestros propósitos, actúa como una especie de lenguaje del pensamiento, no puede considerarse una ilusión o alucinación —como en cierta forma sugeriría la crítica a Siegel—, puesto que, de otro modo, no sería posible establecer como concebible las claras regularidades que se manifiestan entre entidades del mundo, así como tampoco habría forma alguna de postular la propia existencia de relaciones causales entre estados mentales, o entre estos y los estados físicos.

Asimismo, si bien es posible percibir propiedades de los estados físicos (como los colores, la dureza y la temperatura, por ejemplo), consideramos que no parece ser posible que podamos percibir relaciones fácticas entre dichos estados, las cuales no son más que representaciones a las que le asignamos un nombre (causalidad) en virtud del cual construimos posteriormente la referencia que hace posible reconstruir una imagen parcial de tales relaciones que acompaña a la percepción visual de las *relaciones* entre los estados físicos.

Además, la causalidad no es un estado físico y tampoco es una propiedad de algún estado fáctico.

En ese sentido, si bien Siegel sostiene que la causalidad está representada en la experiencia visual y que, además, de acuerdo con su enfoque, es posible experimentar dos hechos como causalmente relacionados, ello se produce, en nuestra opinión, tanto por la mecánica de la percepción visual, como por la intermediación de la deliberación cognitiva (básica o mínima), en tanto ambos estados (percepción y creencia, respectivamente) se constituyen como estados intencionales

que conjuntamente organizados procuran la reconstrucción de las relaciones entre objetos del mundo y sobre la premisa universal de que existe un orden causal en dichos estados.

Ahora, si bien, de acuerdo con la alternativa de la tesis causal propuesta por Siegel, el complejo sensorial-cognitivo supone que el elemento propiamente cognitivo depende del primero de ellos para poner en marcha la función perceptiva, consideramos que dicho último componente, cuando es realizado en el ámbito perceptivo, no depende de la experiencia sensorial, aunque no negamos que se active con ella.

Cabe puntualizar que el elemento propiamente cognitivo es compatible con la creencia en la causalidad, que, a nuestro parecer, organiza el entorno ontológico, aunque no tenga una concluyente justificación lógica; por lo que estamos de acuerdo en que, si bien percepción no es creencia⁹, aquella se completa en función a esta última.

En cuanto se refiere a la posición de Michotte, quien, como ya ha sido visto, considera que los adultos perciben la causalidad como una secuencia única con un desenlace productivo, pero, como él mismo afirma, sin la intervención de procesos cognitivos superiores, consideramos que, por el contrario, sí parece haber la participación de elementos superiores y consientes con una intencionalidad que organiza las relaciones entre los estados físicos de lanzamiento y arrastre, por ejemplo.

En efecto, el hecho de que la colisión entre el objeto A y el objeto B puede producirse en la fóvea del ojo, como afirma Michotte, ello, aunque no garantice que la impresión causal sea completa o exacta, no descarta la participación de la creencia en la configuración de las relaciones causales; siendo que lo señalado puede ser compatible con el perspectivismo causal, en el sentido de que el estado de creencia causal está supeditado a la existencia de un agente que previamente perciba hechos o situaciones¹⁰.

3.2. Aspecto lógico

En *Investigación sobre el conocimiento humano*, Hume estipula una formulación gnoseológica según la cual la causalidad consiste en una categoría de conexión que no se encuentra lógicamente justificada; es decir, no es posible establecer una inferencia de naturaleza deductiva y necesaria que determine una vinculación inapelable entre la causa y el efecto. De hecho, afirma Hume que “las inferencias causales no son deducidas y que el conocimiento del mundo externo es un proceso de habituación” (Hume, 2020, p. 14).

De esta manera, puede verse que la crítica de Hume consiste en afirmar que ninguna observación empírica permite mantener efectivamente que el efecto esté incluido en la causa de manera análoga a cómo puede estar incluido '2+2' en 4 (Hume, 2020, p. 12); asimismo, promueve que “sin la ayuda de la experiencia, nuestra razón no podrá jamás realizar una inferencia acerca de lo realmente existente y de las cuestiones de hecho” (Hume, 2020, p. 12).

En esa dirección, y ya dentro de la reconstrucción de las cuestiones de hecho, se encuentra justamente la causalidad como una categoría de representación de dichas cuestiones; siendo que para Hume la existencia de la causa y el efecto, así como la existencia de las vinculaciones que se desarrollan entre ellas, suponen una creencia fundamental. Además, si bien el empirista escocés considera que la idea de necesidad y causalidad provienen exclusivamente de regularidades que pueden observarse en las operaciones de la naturaleza, la conexión necesaria proveniente de dichas regularidades se desarrolla en el plano gnoseológico.

Por su parte, Bunge, al formularse la pregunta de si la causalidad es una categoría puramente gnoseológica u ontológica, señala que para el empirismo moderno la categoría de la causalidad es puramente gnoseológica, y que, más bien, su postura consiste, por un lado, en un rechazo de la concepción gnoseológica y lógica, y, de otra parte, admite que dicha categoría tiene índole exclusivamente ontológica (lo que hace en tono a veces fuerte, y otras tantas con débil acento).

El hecho de que la causalidad sea una categoría de conexión y determinación que corresponde a un rasgo real del mundo fáctico no supone, como pretendería Bunge, que la posición empirista quede desestimada, dado que la indicada posición ontológica, aun siendo legítima y plausible, no termina por derribar la perspectiva gnoseológica del empirista escocés.

Arribamos a esta hipótesis en el entendido de que, mientras no haya necesidad lógica o conexión inexcusable en la formulación causal-condicional construida por Bunge (denominada por él como fórmula quinta¹¹: la causalidad como producción necesaria, constante y unívoca), la causalidad seguirá siendo —sea que se demuestre o no que esta corresponda a un rasgo real del mundo fáctico— una categoría de relación de ideas, en tanto no encuentra justificación lógica-demonstrativa necesaria que relacione de manera inapelable las —precisamente— vinculaciones entre la causa y el efecto.

Ello no significa que la causalidad no pueda ser abordada desde el plano ontológico, sino que la hipótesis de acuerdo con la cual ella es una “categoría de conexión y determinación que corresponde a un rasgo real del mundo fáctico” —suponiendo

que esta sea demostrada o verificada (con un estudio de fondo)— no termina por desacreditar la posición de Hume que establece que esta categoría es una de relación de ideas, en tanto, al menos por ahora, no tiene justificación lógica, como quiera que no existe alguna inferencia causal que la sustente en términos demostrativos; aunque es cierto que Bunge aspire razonablemente a tal justificación con la formulación construida en el molde de una estructura condicional.

Por ello, si bien Bunge construye una perspectiva causal ontológicamente plausible desde el punto de vista de una inferencia causal aproximada (con mayor capacidad demostrativa), no lo es del todo desde el punto de vista epistemológico, debido a que no es posible verificar o constatar empíricamente que, en términos generales, la causa produce el efecto (lo que no significa que ello debe negarse *a priori*). Además, la fórmula condicional usada por él —por definición— no resulta verdadera para todos sus arreglos, sino solo para tres de ellos; así, el hecho de que exista un solo caso para el que la proposición condicional resulte inaceptable¹² coloca en tela de juicio la *conexión necesaria y productiva* de la inferencia causal propuesta por Bunge.

En todo caso, si la fórmula condicional de Bunge —“*Si ocurre C, entonces (y solo entonces) E es siempre producida por él*”— resulta aplicable solo a sus dos primeros arreglos, en tanto la ocurrencia de C no podría en ningún caso ser falsa, acontece, en ese sentido, que ello no garantiza la verdad del consecuente, lo que determina que este pueda ser eventualmente falso, y, por consiguiente, no cumplirse la validez de dicha formulación, aunque sí podría ser posible hablar de productividad solo en el caso del primer arreglo, en el que, como en cualquier otra estructura condicional, el antecedente y el consecuente son verdaderos.

En ese orden, no vemos posible que se puede establecer *a priori* que la quinta fórmula condicional sea siempre verdadera.

De otro lado, el examen epistemológico de la perspectiva de Hume se complementa o avala con la idea de que, desde cierta perspectiva de la filosofía de la mente y del análisis perceptual, se desprende que la causalidad de los estados físicos no es física, sino, más bien, puramente mental, y que tal causalidad podría no existir en el mundo físico, así como tampoco podría ser inferida válidamente de él, lo que, en cierta medida se contrapone con la posición ontológica de Bunge, que postula a la causalidad como una conexión de implicancias reales, y convalida la lectura del empirista escocés acerca de la causalidad.

Ahora bien, con el propósito de demostrar nuestra aseveración central en este ámbito perceptual, sostenemos que las representaciones mentales, que son pro-

ducto de la percepción visual inmediata de la causalidad de los estados físicos, se configuran como reacomodos organizados del pensamiento, debido a la costumbre de percibir hechos conexos semejantes, en donde, por lo general, la causa sigue al efecto.

De acuerdo con todo lo señalado, puede afirmarse, en primer lugar, que la perspectiva ontológica de Bunge no hace posible aún la justificación lógica de la causalidad; no obstante, dicho enfoque es importante porque hace uso de la herramienta condicional en cuyo marco inscribe la relación de productividad causal, determinando con ello un mejor control de la contingencia; en segundo lugar, la filosofía de la percepción nos permite establecer que, incluso en el supuesto de que dicha productividad sea fundamentalmente real, esto no garantiza que no sea un reacomodo muy bien organizado del pensamiento.

Notas

- 1 Decimos ello porque si bien es verdad que la baja proporción de hierro en sangre es la causa de la anemia, o una neoplasia o cáncer es el efecto de la proliferación descontrolada de cierto tipo de células, también lo es que, tomando como referencia estas mismas patologías, la anemia podría deberse a la edad, a la menstruación o la ausencia de folatos (vitaminas); y en el caso de cáncer, se conoce que las mutaciones genéticas, cierto tipo de alimentación, o el estar sometido a periodos de estrés crónico, podrían determinar la configuración del terreno en el que, eventualmente, sobrevenga el tumor; en ese sentido, resulta controvertido establecer una causa única decisiva para la anemia o la neoplasia; o, en otro sentido, y en el entendido de que nos encontramos frente a un problema multifactorial, resulta reductivo establecer como productivo de tales estados clínicos solo a la causa temporalmente más cercada de tales padecimientos.
- 2 Entendemos por premisa realista a la proposición protocolar de acuerdo con la cual las cosas son lo que parecen ser o, dicho de otra manera, nuestras representaciones mentales son un reflejo aproximado de la realidad. Si bien dicha premisa no es materia de discusión en el presente trabajo, en tanto la hemos aceptado parcialmente por razones metodológicas, ello no significa que esta sea admitida plenamente.
- 3 De acuerdo con Bunge, la causalidad tiene un triple significado: “una sola y misma palabra, ‘causalidad’, se emplea para designar: a) una *categoría* (correspondiente al vínculo causal); b) un *principio* (la ley general de causación); y c) una *doctrina*, a saber, aquella que sostiene la validez universal del principio causal excluyendo los demás principios de determinación” (Bunge, 1959, p. 17). Nosotros, en el desa-

rollo del presente trabajo, y dependiendo de lo que queramos significar, haremos uso del sentido que corresponda según esta clasificación. En el caso particular, por ejemplo, se ha utilizado a la *causación* en su segunda acepción; esto es, como principio.

- 4 De acuerdo con Siegel, algunos filósofos piensan que los contrafácticos no pueden representarse mediante la experiencia visual, y alude a Colin McGinn, quien parecería expresar la siguiente afirmación: No se ve lo que *ocurriría* en determinadas situaciones contrafácticas, sino lo que ocurre realmente. Cuando ves algo rojo, no ves las posibilidades contrafácticas que constituyen su disposición a aparecer rojo. Tus ojos no responden a los “*hubiera*” y a los “*podría haber*” (Siegel, 2009, p. 531).
- 5 En opinión de Siegel, existe otra instancia de la crítica a la teoría causal que se centra en lo que es útil llamar generalismo nómico sobre la causalidad, donde dos (o más) relatos están relacionados causalmente solo si la relación en la que se encuentran instantiza una ley (sin excepciones) (Siegel, 2009, p. 537).
- 6 Conviene precisar que, según Michotte, de todos los casos de lanzamiento que la impresión causal implique la separación del objeto pasivo del activo con el que estaba previamente unido. Esta separación dura un instante muy corto, como en el lanzamiento por golpe, o un periodo más largo, como en el lanzamiento por expulsión (Michotte, 1963, p. 217).
- 7 De acuerdo con Michotte, cuando los movimientos son *simultáneos* —es decir, cuando el desplazamiento del objeto pasivo y el del objeto activo continúan juntos tras el impacto— la identificación solo es posible si hay fusión de los movimientos porque son cinemáticamente similares. Esto es lo que ocurre en el arrastre (Michotte, 1963, p. 218).
- 8 Nos aproximamos a la posición de Huw Price, en el sentido de la existencia de una especie de deliberación mínima desde la perspectiva del agente perceptor de la causalidad. En efecto, el referido autor señala que “No obstante estamos de acuerdo con el autor en que “no debe eliminarse por completo la causalidad de la ciencia, sino simplemente ponerla en su lugar, como una categoría que aportamos al mundo y una proyección del punto de vista deliberante” (Price, 2005, p. 33).
- 9 Cuando Crane se avoca a analizar los mecanismos del pensamiento, señala que, en el caso de la ilusión de las bandas de Mach, no hay manera de eliminar la incoherencia respecto a la creencia errónea respecto a ciertos fenómenos ópticos. Precisa en ese sentido que “Nada hay que pueda uno hacer para que las líneas dejen de parecer desigualmente sombreadas, sin importar cuánto se afane uno. Si la percepción fuera nada más una forma de creencia, como han sostenido algunos, entonces este sería un caso de irracionalidad. Es claro que no es así: uno no tiene dificultad, una vez informado de los hechos, para saber qué conclusión extraer de

esta combinación de creencia y percepción, y actuar al respecto. La racionalidad de uno no queda para nada socavada por esta experiencia ilusoria. Por lo tanto, percepción no es creencia” (Crane, 2008, p. 240).

10 Puede verse Price, 2005, p. 33.

11 De acuerdo con la causación como producción necesaria constante y unívoca, Bunge ha ensayado la siguiente proposición a la que se ha denominado quinta formulación: “Si ocurre C, entonces (y solo entonces) E es siempre producida por él” (Bunge, 1997, pp. 77-78).

12 Hay que recordar que “La proposición condicional de la forma $p \rightarrow q$ que tiene como antecedente a p y como consecuente a q es falsa solamente cuando p es verdadera y q es falsa. En cualquier otro caso es verdadera” (Piscoya, 2007, p. 68).

Referencias bibliográficas

- Bunge, M. (1997). *El principio de causalidad en la ciencia moderna*. Sudamericana.
- Bunge, M. (2011). *Tratado de filosofía. Volumen 3. Ontología I: el moblaje del mundo*. Gedisa.
- Bunge, M. (2007). *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*. Gedisa.
- Copi, I. y Cohen, C. (2002). *Introducción a la lógica*. Limusa.
- Crane, T. (2008). *La mente mecánica*. Fondo de Cultura Económica.
- Hume, D. (2020). *Investigación sobre el conocimiento humano*. (2.^a reimp.). Alianza Editorial.
- Hume, D. (1984). *Tratado de la naturaleza humana*. Orbis.
- Michotte, A. (1963). *The perception of causality*. Basic Books.
- Piscoya, L. (2007). *Lógica general*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Price, H. (2005). *Causal perspectivalism*. En H. Price y R. Corry (eds.), *Causation, Physics, and the Constitution of Reality: Russell's Republic Revisited* (pp. 250-292). Oxford University Press.
- Sanfélix, V. (1995). Percepción. En F. Broncano (coord.), *La mente humana* (pp. 333-351). Trotta.
- Siegel, S. (2009). The visual experience of causation. *The Philosophical Quarterly*, 59(236), 519-540.